

LITE
RA
TURA

«Sólo aquel que a nada está ligado, a nada debe reverencia». Nada tenía Stefan Zweig (1881-1942) cuando esto escribió en *El mundo de ayer*, ese lamento literario desgarrador que fue hilvanando en sus últimos meses de vida. «Estos recuerdos míos los escribo en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a mi memoria. En mi habitación de hotel, no dispongo de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de una carta de amigo». Se iba cayendo el telón para el hombre que llegó a ser el escritor más traducido del mundo. Cansado de viajar desde que en 1934 dejó Austria después de que la policía registrara su casa de Salzburgo, ya no le quedaban argumentos. Por entonces, en 1937, escribió *Tolstói, pensador radical*, un texto inédito en España que ahora publica la editorial errata naturae. El libro incluye siete relatos del autor ruso (uno de ellos también inédito en español, *Nicolás Varapalo*) elegidos por Zweig y un delicado epílogo que relata su visita a la tumba del autor de *Guerra y paz*.

No es extraño que Zweig escribiera sobre otro león herido como Lev Tolstói. Los dos alcanzaron en su vejez una clarividencia que deslumbra. Tolstói, el gigante que edificó rascacielos como *Anna Karenina*, se fue desprendiendo de todo para alcanzar un hilo de voz espiritual que estilizó su pensamiento hasta convertirse en una lámpara temblorosa, una metáfora del *menos es más*, de *basta con muy poco*. Sin saberlo abrazó la frase inicial de Zweig: «Sólo aquel que a nada está ligado, a nada debe reverencia».

Zweig estaba preparado para entender como pocos el desapego con que se vistió Tolstói. «Quizá no haya vivido como debiera». El noble ruso se miró a sí mismo y se cayó del caballo. Zweig cree que traspasar el cristal de la opulencia hacia el vacío de la nada de Tolstói pudo deberse a una convulsión ante la proximidad de la muerte. Cree también, quizá como Pascal, que «el suyo es un pensamiento que se enfrenta al abismo, o quizá emerge del propio abismo». No se entienden si no esas seis preguntas que anotó: «¿Para qué vivir?, ¿Cuál es la causa última de mi existencia y de la de cualquier otro?, ¿Cuál es el fin último de mi vida y de la de cualquier otro?, ¿Qué significa la división entre Bien y Mal que

LEV TOLSTÓI

«Quizá no haya vivido como debiera»

Se publica un texto inédito de Stefan Zweig sobre el autor de 'Anna Karenina', en el que destaca la «revolución interior» que propugnó al final de su vida el noble ruso

POR MANUEL LLORENTE

siento en mi interior y para qué sirve?, ¿Cómo debo vivir?, ¿Qué es la muerte, cómo puedo salvarme?»

Cuestiones eternas que cifradas por Tolstói alcanzan

una hondura, si cabe, aún mayor. De ahí que este texto suponga un hallazgo relevante. Lo cuenta Rubén Hernández, editor de errata naturae: «Una vez supimos de la existencia de la antología, comenzamos a investigar en las obras completas, en alemán y ruso respectivamente, de ambos autores, y con la ayuda de especialistas como Iván de los Ríos y

Marta Rebón, pudimos localizar los textos».

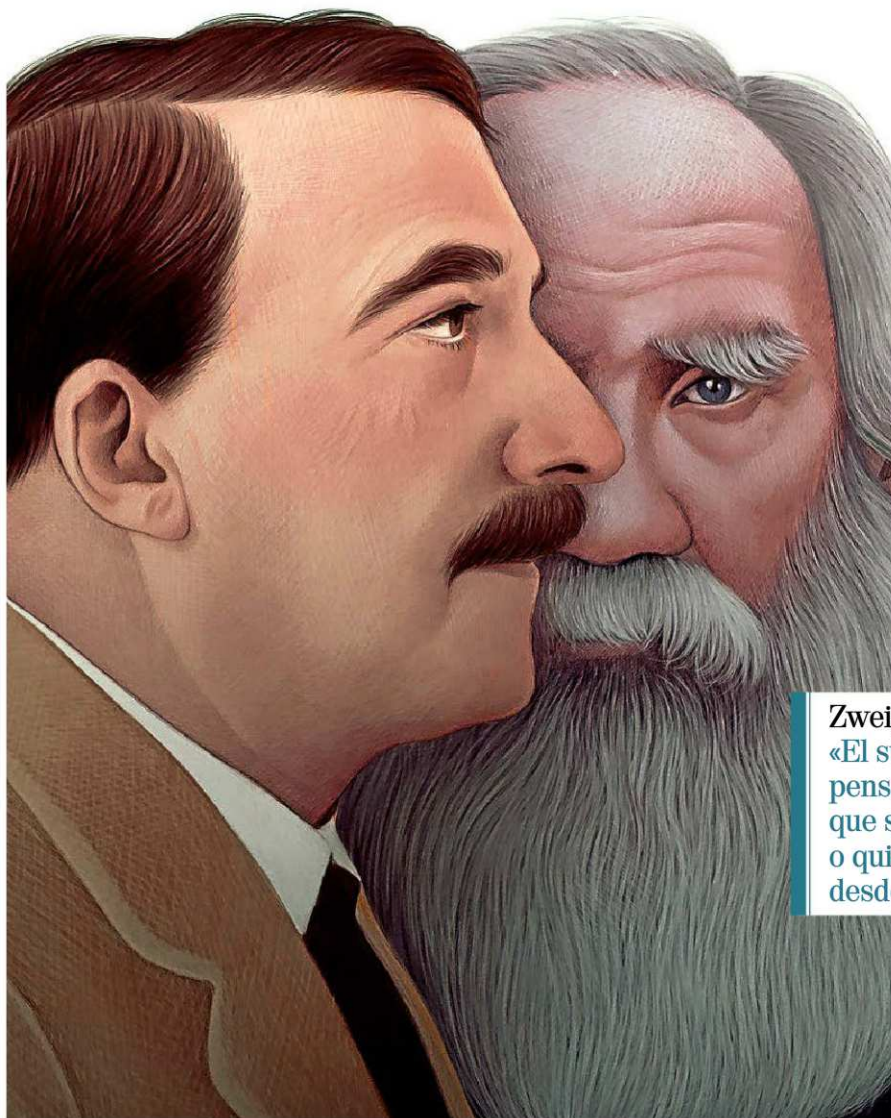
Lo que propugna Tolstói, al decir de Zweig, es una revolución moral, la reivindicación del «derecho más sagrado del individuo: el derecho a rechazar, por convicción interior, cosas que permite o incluso impone la ley (...), a no dejarse intimidar por el falso principio inmoral de la autoridad (...) pues el Estado, en su forma actual, es en sí mismo defensor, abogado y esbirro de una injusticia latente».

El Rubicón que cruzó Tolstói le permitía no jurar fidelidad al zar, sólo obedecer a Dios y su palabra, el Evange-

lio. Su brújula sólo apuntaría hacia su conciencia. Predica una resistencia pasiva e individual que haría suya Gandhi. El orden social que Tolstói rechaza no le emparenta con los postulados de Lenin pues el escritor condena cualquier violencia. Y para cambiar el mundo, como ansía, debe cambiar primero el hombre.

Zweig recuerda en *Tolstói, pensador radical* que éste, y durante años, «renunció a su adorada práctica de la caza para no matar animales, se negó a comer cualquier tipo de carne que implicara el sacrificio violento de seres vivos, evitó en lo posible utilizar el ferrocarril y destinó el dinero obtenido con sus escritos a fines benéficos». También sabemos que fue excomulgado tras publicar *Resurrección* y que se alejó de su familia (como Zweig) o su mujer se apartó de él (o las dos cosas) pues ni ella ni sus hijos podían entender hacia dónde viraba aquel hombre de lengua barba que acabó su vida lejos de la literatura y el mundo. No hizo caso ni a Iván Turguénev, quien en una carta le reclamaba para la literatura.

Los dos, Zweig y Tolstói, por sus «retratos psicológicos y la agudeza con la que describen el alcance social y global de las pequeñas acciones humanas, hacen que sean absolutamente presente, los convierte en clásicos, con una obra siempre revitalizada para cada nueva generación» (Rubén Hernández). Y estremece la descripción de la tumba del autor ruso que relata Stefan Zweig cuando la visitó en 1928 para asistir a los actos del centenario del nacimiento del escritor al que tanto admiró: «Un pequeño túmulo rectangular repleto de flores en mitad del bosque sin cruz ni lápida ni epitafio -*nulla crux, nulla corona*-. Ni siquiera una cruz



Zweig sobre Tolstói:
«El suyo es un pensamiento que se enfrenta, o quizá emerge, desde el abismo»

tallada con el nombre 'Tolstói'. El hombre que sufrió como ningún otro bajo el yugo de la gloria y la fama descansa en el anonimato como un soldado desconocido o un vagabundo cuyo cuerpo hubiera sido encontrado por casualidad.

MERCEDES DEBELLARD